

Cachifo

Escribe: HARRY C. DAVIDSON

La mejor explicación sobre el origen del nombre cachifo, la he encontrado en el artículo titulado "Algunos dichos bogotanos y la historia", de don Miguel Aguilera, publicado en el "Boletín de Historia y Antigüedades", volumen XXIX, números 332-333 en Bogotá, y correspondiente a los meses de junio y julio de 1942, en cuya página 608 se lee lo siguiente:

"En el Seminario Menor de Bogotá, se estudió, antes de la gramática latina de Nebrija, la del autor italiano Cacciffa, de lo cual se tomó pie para señalar a los memoristas en conjunto con el nombre del autor de la gramática, y a los mismos, aisladamente, con el remoquete de "cachifos".

Don José María Samper, es el escritor que ha tratado más a fondo y con mayor conocimiento de causa, todo lo relacionado con el cachifo. La razón es muy sencilla, y la anota él mismo en la página 104 de su obra *Historia de un alma* publicada en Bogotá en 1881, en la cual dice que perteneció durante los años de 1839 y 1840 a la categoría de los "cachifos".

"Alcancé a conocer en la Universidad de Bogotá, en 1839 y 1840, —agrega— la especie curiosa del "cachifo"... Era el *mico* de la familia universitaria... El cachifo nunca fue repelente ni odioso; veníale su nombre del que se daba a los primeros estudios de latinidad (cachifa) y por ampliación se había extendido a los muchachos de cierta clase que estudiaban idiomas, matemáticas o filosofía. El cachifo solía ser risible pero jamás ridículo: era en rigor un pilluelo universitario".

Don José María Samper, en la página 103 de la obra citada, dice, además, que el cachifo floreció de 1826 a 1842 y, en la página 106, que "La Universidad de Bogotá, tal como la organizó el doctor Ospina, formó a la juventud muy diferente de la anterior. Desde 1843, el cachifo desapareció casi enteramente". Esta afirmación no es exacta, pues diversos autores siguieron hablando del cachifo en años posteriores. Además, a título de curiosidad, anoto que la primera mención *contemporánea* de la palabra cachifo, la he venido a encontrar solamente en el año de 1856, en un artículo titulado: "La Mariposa" que aparece publicado en "El Tiempo", año II, número 84, del 5 de agosto del citado año, página 3. Este artículo viene

firmado por Celta, seudónimo que corresponde a don José Caicedo Rojas, según se informa en la "Biblioteca de Señoritas", número 34, publicada en Bogotá el 26 de agosto de 1858, página 3. Hablando de su futura mujer dice allí que la estudió "no de *soplillo* como conferencia de *cachifo*, sino muy despacio i con reflexiva atención".

La vestimenta del cachifo en todos sus detalles, se encuentra muy gráficamente descrita por don José María Samper, en su obra ya citada, página 104. Allí dice:

"En cuanto a su parte física o sus atavíos... si usaba sombrero lo llevaba siempre ajado, sucio y con las alas torcidas; pero le sentaba mucho mejor la cachucha de paño, negro o azul, con visera de cuero acharolado, caída hacia atrás, en términos de formar bolsa sobre la nuca. La camisa estaba por lo común desgarrada y sucia; los pantalones, algo zancos, tenían en la región crítica de las rodillas, cráteres más o menos abiertos, y estaban sostenidos con calzonarias reventadas, disparejas y llenas de nudos, cuando no hechas con hiladillos o cordones... Aquella pieza carecía siempre del 90% de sus botones primitivos, porque el propietario se los arrancaba para jugar con ella al *chocolo*. La chaquera era un harnero y dejaba asomar los codos con franqueza; el chaleco, ajustado con dos o tres botones disparejos, trepaba hasta arriba del abdomen, dejando en vergüenza pública sobre el vientre la pretina de los pantalones, llena de zurcidos, y la bolsa irregular de la camisa, desgarrada a causa de los esfuerzos hechos al jugar a la pelota o a la *golosa*. La corbata andaba fugitiva y los calcetines solían acompañarla en su ausencia. Los botines, de cordobán, de baqueta o gamusa amarilla, siempre raspados, agujereados, sin lustre alguno y con las suelas entre abiertas, carecían de tacones, porque la mano del cachifo se los arrancaba sin lástima para convertirlos en instrumentos de la *golosa*. Encima de todo aquello lucía un capote de "calamaco" o tartán escocés, digno de figurar en nuestro museo nacional, al lado de las despedazadas banderas de Pizarro".

Por lo que acaba de leerse se ve que el vestido del cachifo era la negación total del lujo. Para mayor abundamiento, léase lo que al respecto dijo el escritor que oculta su nombre bajo el seudónimo de Chepito Alelí, en el artículo titulado "Uno por todos", publicado en la "Biblioteca de Señoritas", año I, número 36, en Bogotá, el 11 de septiembre de 1858, en cuya página 3 se lee lo siguiente:

"El cachifo era antes un mozo envuelto en un capotón de terna o calamaco, cubierto con un jipijapa o una cachucha de piel de nutria; llevando en los pies suizos o *carraos*, i en el pescuezo un corbatín o nada".

Finalmente, otro escritor, que oculta también su nombre bajo seudónimo, Aben-Iza y quien en su artículo titulado "Recuerdos de no se sabe cuándo o un cachifo en fiestas", que apareció publicado en la misma revista y en el mismo número, página 5, dice que un cachifo "se presentó... con su capote de calamaco, sombrero de ule (sic), botines amarillos, calzón i levita de pana aborlonada".

Examinemos ahora la parte moral del cachifo. A este respecto, don José María Samper en su obra *Historia de un alma* ya citada, dice:

“No era menos raro el cachifo en su parte moral: pilluelo de buenas partes, juguetón, curioso, travieso, desaplicado y naturalmente ingenioso en sus travesuras. Entre nosotros se usa mucho, familiarmente, la palabra *chinche*, en la muy bien aplicada acepción de fastidioso y desagradable: creo que esta acepción debió ser inventada para algún cachifo de mala ley. Cuando un sujeto de la especie tenía candor, sinceridad, gracia y agudeza, era muy simpático; si le faltaban estas dotes, siendo solamente perdido, malcriado y desaliñado, inspiraba disgusto y provocaba a darle coscorrones. Por lo demás, el nombre de cachifo imprimía carácter muchas veces; algunos estudiantes del tiempo a que me refiero, y aún de época posterior, han conservado el nombre antonomástico de *cachifo*.”

Con el paso de los años la acepción original dada a la palabra cachifo, cambió completamente de significado. Para el año de 1859, ser cachifo era denigrante, según lo informa don J. David Guarín, en su artículo titulado “Entre U. que se Moja”, publicado en el “Mosaico”, tomo I, número 7, en Bogotá, el 5 de febrero de 1859, en cuya página 53, dice el autor: “so cachifo perdido... era el peor insulto que se le podía hacer a un estudiante”.

Don José Manuel Marroquín confirma esto en su artículo titulado “De cómo trabé amistad con Pepe Samper”, publicado en la “Revista Literaria”, año I, entrega 3a., el 20 de julio de 1890. En la página 169, dice:

“*Cachifo*... ahora emplean malamente esa palabra para designar a cualquier niño o adolescente”.

A pesar de lo anterior, hacia el año de 1880, había cambiado nuevamente el significado de la palabra cachifo. Así lo afirma don José María Samper en su artículo “José Manuel Marroquín (Boceto Biográfico)”, publicado en el “Repertorio Colombiano”, número XXIX, en Bogotá en noviembre de 1880, y en cuya página 324 se lee: “El cachifo... es hoy día genérico; porque es, en la sociedad culta o decente, el equivalente del *chino*, es un chino aristocrático”.

Inclusive, el “Cachifo” fue el nombre de un periodiquillo que circuló en Bogotá durante el siglo pasado, y que era dirigido nada menos que por el Colegio del Espíritu Santo, según informa don Aníbal Currea Restrepo, en su artículo “La Imprenta en Santafé y Bogotá”, que fue publicado en “Boletín de Historia y Antigüedades”, volumen XXIV, número 270, en Bogotá, en abril de 1937, página 227.

Coincidiendo con la variación en la acepción de la palabra cachifo para el año de 1858, su atuendo cambió también radicalmente.

En el artículo titulado “Uno por Todos”, del escritor Chepito Alelí, ya citado, se encuentra escrita la nueva vestimenta del cachifo en la siguiente forma:

“Hoi ¡qué diferencia! El traje semanero, o de cuartel, es un elegante saco, sombrerito de fieltro; el traje dominguero o de parada, es la levita negra, sombrero de felpa brillante, corbata áurea, cuello homeopático, chaleco histórico, pantalón de vistosa franja, borceguí diminuto, mancornas hiperbólicas, leontina deslumbrante, varita imperceptible, guantes color de paja”.

El autor Aben-Iza en el artículo ya citado, confirma lo anterior diciendo que un cachifo “compró botas donde Gallizot, calzones, chaleco i saco donde Gardeazával, corbata en el bazar i sombrero... de pelo... corbata... de tafetán negro con listas coloradas... chaleco... de terciopelo estampado”.

Tal es la historia del “cachifo”. De esta época en adelante se perdió de la escena nacional. Comenzó siendo sencillo, original, pobre, pero al convertirse, con el paso de los años, en un ser petulante, cegador, detestable, estaba condenado a desaparecer irremediablemente. Y así pasó.